



## Capítulo 629: Alianza entre enemigos.

Yama caminaba de un lado a otro en el mismo centro del infierno, como una bestia enjaulada. Cada paso agrietaba el suelo. Las llamas púrpuras que normalmente sólo rodeaban sus pies ahora subían por sus piernas, balanceándose agresivamente. Se mordió la uña del pulgar hasta que sangró, pero ni siquiera se dio cuenta. Ella estaba cegada por la rabia.

Todo el salón tembló de ira.

"¡Bastardo... BASTARDO!" Ella gritó, pateando la mesa donde se guardaban los registros de los competidores'. Los papeles volaron, algunos ardiendo instantáneamente al entrar en contacto con su energía infernal.



Vergil. Ese nombre se repitió en su cabeza como veneno.

Se suponía que todo sería perfecto. Se suponía que Ryomen Sukuna allanaría el camino para que ella ganara el Torneo Celestial. Había invertido tiempo, energía, acuerdos, amenazas, rituales... todo para convertir a Sukuna en la carta de triunfo definitiva.

Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, en una pelea que ni siquiera formaba parte de su plan, se convirtió en polvo.

Polvo. Nada. Cero.



Yama se apretó el cuello con frustración y gritó, liberando una presión demoníaca tan fuerte que varias paredes cercanas se rompieron a la vez. Sonidos crepitantes resonaron en el infierno como truenos.

Ella estaba completamente loca.

"¡AÑOS! ¡AÑOS DE TRABAJO!" Pateó una de las columnas y la derribó como si estuviera hecha de arcilla. "¡Voy a arrancarle la cabeza a ese maldito rey demonio!"

Ella tiró de su cabello, furiosa, y continuó caminando de un lado a otro. Ningún subordinado se atrevió a entrar. Los que lo habían intentado antes estaban desmayados en los rincones, sangrando por los ojos, incapaces de soportar su aura.

Yama necesitaba un reemplazo para Sukuna. Rápido. Fuerte. Y al mismo tiempo, lo suficientemente manipulable como para seguir órdenes.



Pero no había nadie con el mismo potencial bruto que poseía Sukuna.

Ella pateó otro pilar. Voló, se estrelló contra tres paredes y desapareció en la oscuridad.

"¿Y ahora? ¡QUÉ HAGO?" Ella se gritó a sí misma. "¡Perdí mi carta de triunfo! ¡Perdí mi plan! Perdí—"

"Pareces estresado..."



La voz entró al salón como si no respetara las reglas de ese lugar. Era ligero... burlón... y completamente fuera de lugar en medio de la tormenta de furia que Yama estaba creando.

Ella se congeló.

Su cabeza giró lentamente y sus ojos brillaron de un rojo intenso.

En lo alto de una de las paredes destrozadas estaba sentado un hombre con las piernas cruzadas y una sonrisa perezosa en el rostro. Parecía tan cómodo como alguien sentado en un banco del parque.

Alto, relajado, sin un atisbo de aprensión.

"¿Quieres un masaje?" añadió, inclinando la cabeza hacia un lado.

Yama entrecerró los ojos y el aire a su alrededor vibró. "Quién. Son. You."

El hombre bostezó, como si acabara de despertarse. Su piel era demasiado pálida, casi grisácea. Sus ojos eran de un tono azul, entre azul y verde.

Una persona de nivel desconocido. ¿Quién invadió su infierno... Sin morir instantáneamente?

"¿Yo?" Se señaló a sí mismo con una sonrisa que irritó instantáneamente. "Solo un turista. Paseando. Te vi gritar y pensé: 'Vaya, esta mujer necesita urgentemente relajar los hombros.'"

Yama levantó la mano. Detrás de ella se formó un círculo infernal, listo para explotar.





"Si das un paso más en ese tono de voz insolente, te evaporarás—"

Él estaba frente a ella.

Yama ni siquiera lo vio moverse. Un momento antes estaba sentado en la pared. Al instante siguiente, él estaba a menos de un brazo de distancia, inclinándose hacia adelante para verla mejor, como si estuviera examinando una obra de arte rota.

"Realmente necesitas un nuevo competidor, ¿no?" "Dijo con una sonrisa irritante, con la voz baja.

El shock inicial se convirtió en ira inmediata.

Yama golpeó con el puño cerrado, apuntando a su cara con suficiente fuerza para aplastar a un demonio de alto rango.

Su mano atravesó su cuerpo como niebla.

"Ups." Él sonrió. "Casi te atrapé."

Yama dio dos pasos atrás, con los dientes apretados. "¿Qué eres?"

Extendió la mano como si ofreciera un cordial apretón de manos. "Un aliado, por así decirlo. O un problema, si lo prefieres. Depende de tu estado de ánimo."





"¡No te metas conmigo!" ella gruñó. "Si entraste aquí sin invitación es porque quieres algo. Habla antes de que te aplaste en diez capas dimensionales."

Aplaudió lenta y deliberadamente, y cada aplauso irritó aún más a Yama.

"Directo. Me gusta eso."

Ella estaba a punto de atacar cuando algo dentro de ella finalmente registró un detalle —no su apariencia, sino el sentimiento que emanaba de él. Era una presencia que ella conocía, pero despreciaba.

Demonio.

Un demonio de alto nivel.

Notó el cambio en su mirada y le dio una sonrisa irritante.

"Ah... ahora me estás viendo bien."

Yama entrecerró los ojos. "¿Qué hace un demonio en mi infierno? Dime ya. Odio a los de tu especie."

Casualmente levantó un dedo.

"Vine a proponer una alianza."

Yama casi se ríe. "¿Para qué?"





"Destruir completamente la existencia de Virgilio Lucifer. El quinto rey demonio."

El nombre le hizo hervir la sangre. La energía de Yama explotó involuntariamente, convirtiendo el suelo en vidrio agrietado.

El hombre se rió entre dientes como si hubiera esperado exactamente esa reacción.

"¿Ves? Sabía que te gustaría el tema."

Dio unos pasos hacia un lado, observando el trono roto y los escombros que Yama había causado. Parecía disfrutarlo.

"Es simple. Te garantizo que ganarás el Torneo Celestial. Sin trucos, sin riesgos. Limpiaré tu camino."



Yama apretó los dientes tan fuerte que el sonido resonó.

"¿Y a cambio?" ella gruñó.

Cruzó los brazos.

"A cambio, quiero los nueve corazones de ese Rey Demonio. Todos ellos. Obtienes la victoria y la venganza que tanto deseas. Consigo lo que quiero. La alianza termina ahí mismo."

Inclinó la cabeza hacia ella, sonriendo como si ofreciera un regalo.



"Simple. Directo. Y perfecto para alguien tan enojado como tú."

Yama entrecerró los ojos, todavía con las manos apretadas en los puños. La pared detrás de ella estaba completamente deformada, derretida y el aire vibraba con el calor que emanaba de su cuerpo.

"No hago tratos con extraños", gruñó. "Especialmente no con demonios que aparecen de la nada en mi propio infierno, como si estuvieran paseando por un parque."

El hombre sonrió perezosamente, sin mostrar miedo alguno.

"Bastante justo. Pero estás malinterpretando. No trabajo solo. De hecho, soy parte de una organización."

"¿Organización?" Yama levantó una ceja, desconfiado.

"Llamado 999." Pronunció el nombre con naturalidad, como si fuera una palabra común—, pero la energía que se le escapó en el instante siguiente fue todo menos común. Hacía frío, era antiguo y causaba una sensación desagradable incluso dentro de ella.

"¿Y qué quiere este '999'?" ella preguntó, manteniendo su postura alerta.

"Para destruir el Reino Demonio Cristiano y devolver a los demonios la gloria que les fue robada," respondió con una calma irritante, como si estuviera hablando del clima. "Este pequeño mundo tuyo... es débil. Atrapado en las reglas idiotas de esos viejos dioses. Queremos darle la vuelta a la situación."

Yama apretó los dientes.





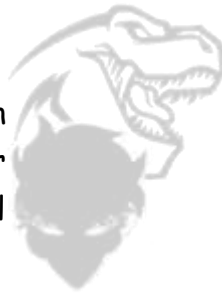
Ella no confiaba en nada de esto—pero tampoco ignoraba la oportunidad de venganza que él le ofrecía.

"Hablas muy elocuentemente en nombre de alguien que apareció en mi territorio sin pedir permiso", dijo ella, entrecerrando los ojos. "Y todavía no me has dicho tu nombre."

Inclinó la cabeza e hizo una pequeña reverencia teatral.

"Puedes llamarme Dante." Su sonrisa se amplió, inquietantemente tranquila para alguien rodeado de miles de grados de calor infernal. Luego agitó la mano y conjuró un portal.

El portal se abrió como si el aire hubiera sido arrancado desde dentro —sin luz, sin sonido, solo una ruptura en la realidad. Yama dio un paso atrás, no por miedo, sino por pura cautela. La energía que emanaba de él era antinatural incluso para sus propios estándares del infierno.



Dante levantó la mano casualmente, como si abriera una puerta normal.

Del portal emergió un caballero.

La armadura era completamente negra, como si absorbiera luz. Las líneas eran nítidas, puntiagudas y pulsadas con una energía extraña —un remanente demoníaco, pero... incompleto. El casco tenía una estrecha visera de luz roja, como un solo ojo siempre abierto, siempre vigilante.

Cada uno de sus pasos sonaba metálico y firme.





No había aliento.

No había aura viva.

Yama sintió inmediatamente: este no era un demonio común y corriente. Ni humano. Ni siquiera un híbrido.

Era algo fabricado.

Dante abrió los brazos, orgulloso.

"Yama, permíteme presentarte un juguete que mi organización decidió sacar de la bóveda."

El caballero se detuvo a su lado, erguido, inmóvil, como una estatua con intención homicida.

"Un caballero artificial creado a partir de un fragmento de un demonio que seguramente conoces: el Ángel de las Tinieblas, Lucifer."

Los ojos de Yama se abrieron por un segundo —sólo un segundo— antes de que su rostro se cerrara fríamente nuevamente.

"Estás jugando con algo demasiado grande", comentó gruñendo. "Los fragmentos de Lucifer no son algo que se manipule así."

"Para ti, quizás," respondió Dante con una sonrisa torcida. "Para nosotros...es martes."





Le dio una palmadita a la criatura en el hombro.

"Este de aquí es Angelo."

El caballero asintió lentamente, reconociendo el nombre, casi un gesto militar. La energía oscura pulsaba en la armadura, como si respondiera al toque de Dante.

"Él no piensa, no duda, no cuestiona," explicó Dante, haciendo girar un dedo en el aire. "Fue creado para seguir órdenes. Contiene un alma —humana, demoníaca, quizás ambas o ninguna— pero lo que importa es que está programado para ganar"

Yama entrecerró los ojos.

"Una construcción."

"Un soldado perfecto," corrigió Dante. "Sin orgullo, sin emoción, sin miedo. Sólo necesitas ponerlo en el Torneo Celestial."

Cruzó los brazos, con la voz cargada de dudas.

"¿Y por qué debería confiar en que esta... cosa... es buena para algo más que ser aplastado por otro Rey Demonio?"

Dante se rió suavemente.

"Oh, Yama... subestimas lo duro que trabajamos en proyectos como este." Él dio un paso adelante, acercando su rostro al de ella. "Angelo está hecho para





matar. Fue creado a partir del fragmento más violento del ángel que dio origen a todo el linaje demoníaco moderno."

Le levantó la barbilla con un dedo —un gesto demasiado atrevido, una audacia que pocos se atreverían a demostrar frente a la Diosa del Infierno.

"Y lo más importante..."

Él sonrió.

"...él es perfecto para tus propósitos."

Yama le dio una palmada en la mano, apartando el toque.

"No te atrevas a tocarme así otra vez."

Dante se encogió de hombros.

"Punto para ti. Pero la oferta se mantiene."

Hizo un gesto hacia el caballero.

"Angelo será tu competidor. Lo registras, él participa, gana lo que necesita ganar y ambos obtenemos lo que queremos."

"¿Y qué quieres exactamente?" Yama preguntó, con la voz más fría que antes.





"Ya lo dije." Dante le dio la espalda y comenzó a caminar como si estuviera en su propio dominio. "Los nueve corazones del actual Rey Demonio. Virgilio Lucifer."

Yama apretó el puño tan fuerte que saltaron chispas de sus dedos.

Odiaba incluso escuchar ese nombre.

Odiaba recordar que un híbrido mortal/demonio había destruido todo su plan.

El caballero Angelo giró la cabeza hacia ella, esperando órdenes, completamente quieto.

Dante luego terminó, sin mirar atrás:

"Sólo asegúrate de que entre al torneo... y él hará el resto."

Chasqueó los dedos y el portal comenzó a cerrarse, pero antes de desaparecer, Dante miró por encima del hombro, su expresión ocultaba algo más profundo —ambición, arrogancia o conocimiento prohibido.

"Considere este como el primer regalo del 999."

El portal se cerró, dejando a Yama solo con el caballero con armadura negra.

La temperatura de su infierno aumentó decenas de grados con rabia reprimida.

Pero una sonrisa comenzó a formarse en la comisura de su boca.



Lento.

Cruel.

Calculado.

"Angelo..." repitió, observando a la criatura.

El caballero inclinó ligeramente la cabeza.

"...veamos de qué eres capaz."

